

Homenaje y nombramiento como Académico Honorífico del Ilmo. Sr. D. José María Martínez Urrea

*Vicente Ripollés Vilar**

Cuando me solicitaron intervenir en este sentido homenaje en nombre de “los compañeros”, pensé que lo mejor era referirme a mi relación y convivencia profesional con el Dr. Martínez Urrea, y ustedes mismos pueden generalizar a lo que sería, con las variaciones pertinentes, el caso de todos los demás médicos que han disfrutado de su profesionalidad y amistad.

¿Cómo conocí al Dr. José Martínez Urrea?

Durante las “temporadas sin clases” en la Facultad de Valencia, asistí a diario al Servicio de Medicina del Dr. Altava, en el entonces único Hospital de Castellón, el Provincial. Allí me encontré con un grupo de médicos de diversas especialidades realizando un trabajo hospitalario completo, con gran inquietud clínica e investigadora, sin otros medios que cerebro, manos y órganos de los sentidos (sobre todo el sentido común), más algún fonendo o similar “sofisticación instrumental”, ejerciendo de forma altruista. (Solo cobraba el jefe y único con plaza oficial en el “Servicio”, aunque dudo que los emolumentos le alcanzaran para el tabaco “Bisonte” que fumaba de forma compulsiva). Se practicaban múltiples técnicas clínicas, radiológicas, proctológicas, linfografas, etc.

Entre el grupo destacaba uno, cuya incorporación se inició desplazándose desde su Borriol titular en una moto-Guzzi y después en un R-4, y era el más inquieto de todos, tanto en las sesiones clínicas como en las manipulaciones artesanas una vez concluida la labor asistencial...: el Dr. Urrea. Recuerdo que por entonces estaba construyendo “para el hospital”, con unos materiales aportados de su bolsillo y con la ayuda de su amigo el catedrático Ros de Ursinos, un espirómetro, que funcionó con exactitud, y ese verano aprendí toda la jerga de exploración funcional respiratoria, antes de que el profesor Carmena (y después el prof. Beltrán Báguena), me la explicaran en la Facultad.

Hoy, públicamente y en esta sede colegial y académica, quiero agradecerle todas estas vivencias, que tanto contribuyeron y tan positivamente, a mi vocación médica y a mi futuro profesional.

Aquel “equipo” forjado alrededor del Dr. Vicente Altava había aclarado y solucionado la grave endemia-epidemia de Leptospirosis de los arrozales de “Cuadro” castellonense, trabajando en una vacuna y en la profilaxis epidemiológica y el tratamiento antimicrobiano, como puede comprobarse en la literatura médica

de la época (Tratado de Patología Médica del profesor Pedro Pons, revistas francesas, polacas , anglosajonas, japonesas...). En cambio, desde la Diputación provincial sólo consiguieron que les prohibieran la entrada profesional en el recinto hospitalario, porque los miembros del equipo no tenían nombramiento en la institución; el equipo, tan atípico ,“no se ajustaba a la normativa legal”... acabando así con el gratuito grupo de trabajo.

A raíz de todas estas experiencias se nos forjó también al grupo de estudiantes el convencimiento de que debíamos dedicar parte de nuestro futuro ejercicio profesional a la Medicina Privada, disfrutando de la libertad individual y colectiva en nuestra profesión, cumpliendo la “lex artis”, siendo fieles al Juramento Hipocrático y obviando depender exclusivamente, en vidas y haciendas, de políticos y gestores con otros enfoques, a menudo variables y alguna vez caprichosos, de la Medicina asistencial.

Es lo que hacían todos los miembros de aquel “faro médico”, del que el Dr. Urrea destacaba a nuestros ojos: se construyó otro espirómetro, para él, y se le reconocía como un internista y neumólogo de primera división .Ya entonces, a través de la Neumología y sobre todo de la Asmología, iba edificando el primer edificio (clínico, que no de ladrillo) de la Alergología en Castellón.

Acabé los estudios de Licenciatura y Especialidad y obtuve inmediatamente (así iban “cuando entonces” los concursos-oposiciones...) plaza en la Residencia Sanitaria “Sagrado Corazón” (hoy flamante “Hospital Universitari General de Castelló”) en un Servicio de Medicina Interna formado por tres médicos... y entre ellos, ya como “compañero”, me volví a encontrar al Dr. Urrea. Y yo, que llegaba como digestólogo de formación fundamentalmente quirúrgica, con él (y el Dr. Ferragut)... me fui haciendo internista.

De su actitud aprendí que el enfermo siempre es un todo y las especialidades realmente aportan la tecnología necesaria para la asistencia integral.

En unas jornadas asistenciales a “tiempo completo” pero partido, se iba la mañana en la visita conjunta (auténtica Medicina en equipo) a los enfermos y el posterior análisis de las historias clínicas, y por las tardes nueva revisión de enfermos, especial desplazamiento a Radiología (con frecuente visualización de “las placas” revelándose en el cuarto oscuro y diagnóstico casi en “tiempo real”) etc.

Entonces fui testigo de la progresiva evolución hospitalaria del Dr. Urrea, desde el internista que siempre fue, a neumólogo y a la inauguración de la primera Consulta de Alergología del Hospital General... y de la provincia de Castellón. Allí iniciamos las pruebas alérgicas, las vacunaciones en bronquíticos crónicos, las desensibilizaciones, etc., como pueden atestiguar todos los médicos que fueron

formándose en el Servicio, con la instauración del programa MIR tras la llegada del Dr. Enrique Simón.

Como es habitual en él, Pepe Urrea seguía con sus inquietudes artesanales, intentando solucionar carencias dotacionales, con tecnologías, algunas ya “casi” dermatológicas y sobre todo recuerdo la construcción de un pH-metro y analizador de gases hematológicos, que costó mucho “afinar”, pero funcionó y fue una vez más pionero en el mejor control de insuficiencias cardio-respiratorias, en aquel tiempo de gran utilidad, aunque hoy su recuerdo nos pueda parecer casi prehistórico. Recuerdo una amble anécdota de esas vivencias, que todavía afirma más el “ojo clínico” de nuestro protagonista: Hubo por aquellos días una proliferación de múridos, sobre todo ratas, en la zona de depósito de la basura, casi a campo abierto sobre el barranco norte del hospital y al flamante encargado de la higiene hospitalaria (precursor de la Medicina Preventiva) se la ocurrió una “guerra biológica”...llevando unos gatos. En verdad dejaron de verse roedores...pero en el techo –“cielo raso”-de la Consulta Externa de Medicina apareció una mancha rojovinosa, que nos preocupó, ya que no había en el piso superior ninguna instalación que pudiera originar filtración tan especial (por ejemplo banco de sangre, laboratorio, etc.). El Dr. Urrea se quedó observándolo y me dijo : “Con toda seguridad, la guerra biológica la han ganado los gatos”. Se picó el cielo raso y apareció...un parto múltiple de una simpática gata y seis gatitos...

Y en las horas que quedaban libres entre las dos “medias jornadas” de asistencia pública, su ejemplo me ratificó en profundizar la Medicina Libre: libre de “tiempos por paciente”, libre de “listas de espera”, libre, redundantemente, para ejercer la libertad de elección. Esta actitud se siguió ampliamente por los futuros médicos especialistas, los MIR. Y teniendo siempre presente lo sucedido en su tiempo en el Hospital Provincial, no abandonamos la tarea, manteniendo un ejercicio profesional completo, frente al peligro, hoy reactivado con las famosas “cartas de jubilación forzosa” (¿se acuerdan del famoso “motorista”?) que pretenden por puro economicismo convertir a experimentados “senectos”...¡de 65 años! En plácidos jugadores de petanca, guiñote o dominó.

A esa edad, en su brillante sesentena, el Dr. Martínez Urrea en vez de jugar a la petanca siguió siendo médico asistencial e investigador, pionero en la alergología, realizó su Tesis Doctoral sobre “Polinosis en la Provincia de Castellón”, fue elevado a Académico de Medicina y atendiendo durante muchos años, afortunadamente, a los enfermos de nuestro entorno.

¡Enhorabuena, larga vida a ti y a los tuyos, por ser todo un ejemplo!

Muchas Gracias.